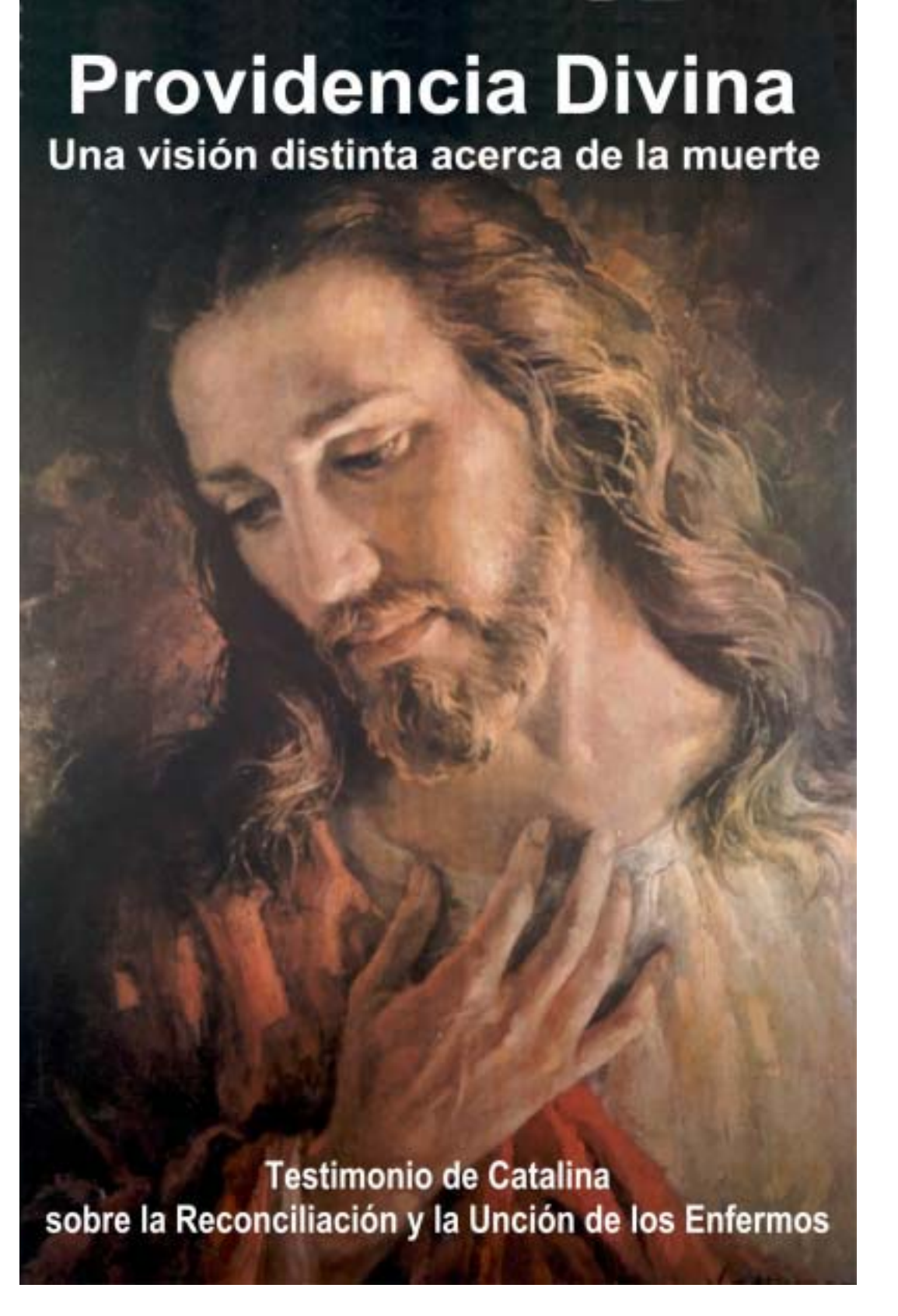


Providencia Divina

Una visión distinta acerca de la muerte



Testimonio de Catalina

sobre la Reconciliación y la Unción de los Enfermos

“Fortalézcanse con la oración, porque a la hora de rendir cuentas ante Mi presencia, estarán solos y desnudos... Con las manos llenas o vacías.”

**A la memoria de mi mamá...
+ 27 de junio 2003
(Día del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen del Perpetuo Socorro)**

**A la memoria de mi hermano Carlos...
+ 7 de junio de 2003
(Víspera de la Fiesta de Pentecostés y Primer sábado de mes)...**

... quienes nos legaron un ejemplo de amor y de paz, ofreciendo sus dolores y sufrimientos por la salvación de las almas.

Habiendo leído el contenido de este folleto donde Catalina describe una experiencia espiritual frente al dolor de la muerte de su hermano y de su madre, encontramos un conjunto de enseñanzas saludables sobre la infinita misericordia de Dios en el momento supremo de la vida. Por una parte, nos lleva a meditar sobre el sentido de la muerte que, según la revelación Divina, es el paso definitivo de la vida humana hacia la otra vida sobrenatural establecida por Dios mismo y que es el fin y destino de todos, porque todos, sin excepción, estamos sujetos a la muerte y a una nueva vida. En este escrito se hace resaltar, sobre todo, el perdón que Dios otorga a quienes que con corazón arrepentido, son en el momento de espirar, igual que el malhechor que era clavado junto a la cruz donde agonizaba Jesús, recibe el premio del paraíso, solo por reconocer sus pecados e implorar la misericordia Divina.

El hecho de la muerte de los seres queridos, nos lleva de una profunda amargura, pero la fe, la certeza de la resurrección reconforta nuestro dolor convirtiéndolo en un gozo espiritual y es una profunda paz del espíritu. El relato de Catalina nos lleva a considerar estos aspectos que, sin duda alguna, influirán notablemente en nuestro caminar hacia el punto definitivo de nuestra vida. Dios nos espera a todos, pero no todos se hacen merecedores de los bienes divinos. La escena de la agonía de su madre, si bien constituye un momento de profundo dolor, sin embargo es un momento grandioso, glorificado por la presencia del Señor que está pronto a recibirla en su Santo Reino junto al coro de los ángeles que la rodean en este supremo momento. Si la victoria humana y pasajera llena de herida satisfacción y alegría a los que alcanzan el triunfo, cuánto más llena el alma de infinita alegría sabiendo que en el punto de la muerte se otorga la victoria sobre la muerte misma. Es esa la escena que nos hace vivir el relato de Catalina que confrontando el dolor y la angustia por la muerte de su madre amada, siente el gozo profundo de saber que esa mujer que le trajo al mundo, para de esta tierra a la eternidad acompañada de Cristo, de la Virgen María nuestra Madre, de los ángeles de Dios, para recibir la corona de la victoria.

Que Dios en su infinita misericordia nos conceda el arrepentimiento de nuestros pecados y nos dé el perdón para que podamos obtener una santa muerte. Lo expresado por Catalina infundirá en la persona que lee con atención y sin prejuicios, un afianzamiento y confianza plena en la misericordia Divina, al mismo tiempo que servirá para valorar en alto grado, la necesidad de establecer una alianza con Dios mediante el Sacramento del Perdón.

Estas consideraciones, me mueven a recomendar la lectura de este pequeño folleto que producirá un valioso fruto espiritual.


René Fernández A.
ARZOBISPO EMERITO DE COCHABAMBA

“Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: ‘La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también los envió yo.’ Dicho esto sopló y les dijo: ‘Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos.’” (Jn 20, 20-23)

Querido hermano lector:

Tienes entre tus manos la experiencia de una hermana tuya, que por mandato del Señor comparte contigo vivencias importantes para las almas de todos los hombres.

Quienes seguimos sus experiencias ya hace varios años, te ofrecemos un sincero testimonio sobre la autenticidad y validez de estas palabras. Creemos que este obsequio divino, responde a la necesidad de ofrecer al hombre mayor información sobre estos temas, que el pensamiento moderno trata con demasiada superficialidad.

La muerte no constituye la frustración de la vida. Es más bien el “nacimiento a la vida eterna”, pero el hombre se rebela, la desafía, en muchos casos la rechaza, mostrando una preparación insuficiente para afrontar un desenlace que orienta el destino de su alma, para vivir la eternidad junto a Dios, o para alejarse definitivamente de Él.

Esta perspectiva está inscrita en la existencia de todo hombre desde su concepción, sea creyente o no... Todos tendremos que enfrentarnos con la muerte y allí terminará de definirse nuestro destino.

El presente relato nos alerta sobre la importancia de vivir en gracia de Dios, de acudir sin temor al amoroso abrazo de Jesucristo, a través de los medios que Él mismo ha instituido: la Confesión, la Eucaristía y la Unción de los enfermos; sacramentos que sanan, santifican y rehabilitan el estado de gracia.

Por ello, invitamos a todos los hermanos con quienes podamos hacernos escuchar, a que no esperen demasiado para volver al Señor... Porque ¿quién puede asegurar que mañana tendrá el tiempo para hacerlo? ¡Corran a las fuentes de la gracia! Vuelvan

a contemplar la Cruz e inclínense delante de Jesús, Dios de Amor, que sólo espera el retorno de sus hijos, sanos y salvos.

Los Editores

Primera Parte: La muerte, dolor y esperanza



“Pero Dios le dijo: ‘¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?’ Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios...” (Lc 12, 20-21)

Capítulo I

El amor toca a mi puerta

A fines del mes de mayo viajé a la ciudad de Orange County, (California) en los Estados Unidos, para cumplir un compromiso en compañía de mi director espiritual y una pareja de amigos muy queridos. En ese período, tenía a mi madre muy enferma, y el Señor me pidió que me ocupara de preparar el luto para la familia. Llamé por teléfono a casa para saber el estado de salud de mi madre y me dijeron que era estable, informándome además que mi hermano Carlos llegaría para acompañarnos en estos días tan delicados para nosotros.

Aunque sabía que no era lo más importante, el hecho de tener que buscar ropa negra de luto para mi familia fue una experiencia muy especial, pues tenía que ver con la muerte de alguien a quien yo amaba, en este caso, pensé en mi madre. La forma de orientarme del Señor, me hacía entender que fuera preparando mi espíritu, mi estado de ánimo y el de mi familia.

Días antes, el Señor nos había pedido, a mi director espiritual y a mí, que hiciéramos a lo largo de un mes una hora diaria de adoración nocturna, en reparación por nuestros pecados, por los pecados de nuestros familiares y los del mundo entero.

El día 6 de junio, dos días antes de Pentecostés, el Señor me dictó, como habitualmente hace, algunas citas bíblicas para que las meditásemos. Luego añadió:

- Pide colaboración especial en los quehaceres de la casa para el día sábado; te necesito casi recluida en comunión Conmigo.

Entendí que el Señor quería que no me distrajera con otros asuntos, pues debería estar disponible para Él, para orar y para

esperar que me hablase. Me dijeron que mi hermano Carlos tal vez no llegaría todavía porque había tenido un problema renal.

El sábado 7 de junio por la mañana, víspera de Pentecostés, dijo el Señor luego de las oraciones de laudes

- Quiero su disponibilidad, no piensen en otros asuntos, cuento con ustedes, deja que los demás hagan lo que tengan planificado. Es necesario que sepas actuar con calma y firmeza. Lo importante es el amor que se pone en todo lo que se hace...

Mientras hacíamos nuestras oraciones matutinas, mi director espiritual y yo recibimos la visita de una persona, que se unió a nosotros en oración. Más tarde llegó mi hijo con la tremenda e inesperada noticia de que mi hermano Carlos había fallecido en mi país.

Corrí ante el Santísimo y me puse a llorar preguntándole al Señor por qué se lo había llevado en un momento en el que él no estaba preparado, pues era eso lo que yo pensaba. Yo estaba preocupada porque mi hermano, divorciado, había contraído matrimonio en segundas nupcias y no podía comulgar. Esa situación lo hacía sufrir mucho, dado que había iniciado su aproximación a nuestro apostolado y a una vida de intensa oración.

No podíamos compartir esta noticia con mi madre, pues, ella transcurría el período terminal de su enfermedad. Decidimos que yo viajaba al día siguiente a Bolivia junto a mi hijo. Volví a mi habitación a orar por su alma, pedí misericordia para que él no se perdiera, que mis oraciones llegaran a tiempo para interceder por su salvación.

El consuelo del Señor

Inexplicablemente, comencé a sentir una profunda paz y un gozo interior tan inmenso que hasta tenía ganas de cantar y reír. Me asusté de mi reacción y pedí que el Señor me orientara sobre lo que sucedía conmigo.

Entonces Él me dijo:

- ¡Mírame!

Contemplé el crucifijo al lado de mi cama; éste comenzó a iluminarse y el Señor continuó:

- Nuevamente te digo: ¿No me ves con los brazos abiertos en cruz frente a ti?... Tu padre y tu hermano ya están junto a Mí... Conmigo, porque mi Misericordia los cubrió. Ese es tu gozo, él ya está salvo.

Más tarde, durante la cena, comentábamos la muerte de mi hermano y el Señor nos dictó una cita bíblica: Hechos 7, 55-56 , que dice así: *“pero él, lleno del Espíritu Santo, fijó sus ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús a su derecha y declaró: “veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre a la derecha de Dios”.*

Leyendo esta cita me quedé más reconfortada todavía. Mi director espiritual celebró la Misa por él esa noche. Yo le había pedido al Señor saber cómo estaba el alma de mi hermano, que me permitiera sentir algo, y Él, en su infinita Misericordia, me permitió internamente escuchar la voz de mi hermano que me decía que estaba muy feliz. Tenía una alegría y un entusiasmo inusitados.

Al día siguiente, el domingo 8, preparándome para viajar a su sepelio, alistaba mi equipaje y empezó a dolerme el brazo izquierdo y el pecho. Hablé con mi familia en Bolivia, y ellos me aconsejaron que no fuera, pues en ese estado mi salud podría empeorar. A pesar de esto, yo tenía el profundo deseo de estar a

su lado, ya que él había sido como mi hijo, era seis años menor que yo y me llamaba “mamita”.

Como usualmente hago, decidí ponerlo todo en manos del Señor, pidiendo que Él me guiara. Ingresé a la habitación de mi madre para que me bendijera antes de viajar, diciendo que tenía que ausentarme al exterior, pero ella se puso a llorar como nunca y me pidió que no viajara; que ella me quería mucho y me necesitaba. Entendí entonces que era Voluntad del Señor que yo no viajara. Mi hijo iría en mi nombre, mi hija ya estaba ocupándose de la situación y mi esposo preparaba el lugar para el velatorio. La decisión me fue muy penosa, pero tuve que optar por permanecer al lado de mi mamá, para pasar junto a ella los que serían sus últimos días.

Capítulo II

Conversión, Dulce obsequio de Dios

Nos enteramos sucesivamente, de que cuando Carlos retornaba a mi país, luego de una visita que nos hizo en el mes de enero, había pedido a un sacerdote que lo escuchara en confesión, diciéndole él mismo que comprendía que no podría recibir la absolución, pero que, sin embargo, él ya estaba expiando con mucho arrepentimiento sus pecados; que sabía que se estaba confesando a Dios a través del sacerdote, y que se acogía a Su infinita Misericordia.

Pidió oración al sacerdote, porque esperaba resolver pronto los trámites para que se declarase nulo su matrimonio. Él anhelaba acudir formalmente a la confesión y recibir la esperada absolución. Deseaba recibir la Sagrada Comunión para unirse a la experiencia espiritual que todos vivíamos. Con su conducta y conversión ya había empezado a reparar los errores de su vida pasada.

Posteriormente supe de que él rezaba el Rosario en familia todos los días. Hacía ejercicios físicos por su problema cardiaco y durante sus caminatas completaba la Corona entera del Santo Rosario. Todos los domingos visitaba un Santuario mariano con su familia, donde participaba de la Santa Misa. Luego de la celebración, junto a los suyos, permanecía media hora más en adoración ante el Santísimo Sacramento.

Lamentablemente, su muerte sobrevino después de una muy corta pero fulminante enfermedad. Un paro cardiaco terminó con su vida. Nadie había sospechado la gravedad de su estado, por lo que se insistió más en la asistencia médica. No hubo el tiempo suficiente para buscar la ayuda espiritual. En sus últimos momentos, su esposa le pidió que rezara, y derramando una lágrima, mi hermano murió.

Nunca estás sola

El 11 de junio yo estaba muy triste, sobre todo porque no debía llorar, no podía hacerlo para que mi mamá no lo notara. Me era difícil asumir la muerte de mi joven hermano y me sentía abandonada. Veía a mi otro hermano sufrir mucho, debía ponerme fuerte...

Algo pasó, tuve que guardar mi dolor, como si hubiera dejado de lado una cosa para asumir la inminente muerte de mi madre, pues yo entendía que vivía sus últimos días. Dos meses antes, en otro viaje, me sorprendí asegurando a mis amigos cercanos, que a mi madre se la llevaría el Señor el día del Sagrado Corazón, yo tenía esa idea, ese sentimiento dentro de mí, como escrito en mi carne.

Esa noche del 11 de junio, después de mi oración, el Señor me dictó:

-Hija mía, en ningún momento te he abandonado. Quiero que pienses muchísimo en aquellas noches en las que te permití saborear un poquito del Paraíso Celestial.

Piensa en la Comunión de los Santos y de este modo encontrarás que el aparente adiós a tu querido hermano tiene que transformarse en gozo para tu familia; gozo que les traerá el consuelo.

Recuerda que los Bienaventurados reflejan sobre ustedes su luz beatífica y ten la certeza de que por esa comunión Eclesial, quienes los han precedido partiendo llenos de amor, los ayudan con sus oraciones, están cerca de ustedes para consolarlos en las penas, para fortalecerlos en las pruebas; para desarmar los obstáculos que encuentran en su camino y ayudarlos a superar las astutas trampas que suele tenderles nuestro común adversario.

Te preparé y te guí para conducir a tu familia en el luto...
¿Habrías aceptado con la misma pasividad si te decía Yo que el luto sería por tu hermano menor? Y, ante el Divino Querer, tú criatura pobre, ¿qué hubieras hecho?

La asistencia de María, nuestra Madre

Siguió diciendo Jesús:

- Fue obra de Mi Madre preparar aquella alma para que esté dispuesta a recibir Mi Misericordia. Que esta partida, prematura en el lenguaje humano, les enseñe a vivir con su lámpara prendida, buscando la santidad diaria; no aquella que pueda ver el hombre, porque eso no tiene valor ante Mis ojos sino que más bien Me entristece.

Me entristece ver que se aparenta una religiosidad en muchos hijos, que están lejos de vivir y que únicamente sirve para provecho personal... Se engaña a la gente para adquirir poder y con ello sobresalir; se manipulan las cosas a gusto y capricho de sí mismos.

¿Y qué piensa Jesús? Eso deberían preguntarse cuando la soberbia, el espíritu de crítica hipócrita está haciendo su presa del alma.

Mi pequeña nada, ofrécame toda esa carga que pareciera reventar tus fuerzas. ¡Hay tantas almas que salvar! Durante toda esta semana, tú y el Padre harán su Hora de Adoración nocturna desde el jueves, que se conmemora Mi Sacerdocio Eterno, hasta el jueves próximo... En ella rezarán su Rosario y con su oración de reparación Me consolarán por tantos que rechazan Mi Corazón Eucarístico.

(...) Fortalézcanse con la oración porque a la hora de rendir cuentas ante Mi Presencia, estarán solos y desnudos... con las manos llenas o vacías. (...) Sean generosos en su entrega personal, más allá del egoísmo, el revanchismo, la impureza, la ingratitud. Es decisión de cada uno el pertenecer a este grupo o quedarse rumiando la frustración de haberme fallado en las cosas que verdaderamente son importantes para Mí.

Es muy triste comprobar a cada instante que en la tierra el precepto del amor al prójimo es destrozado por el egoísmo, la envidia, el odio, la división y de este modo, la dignidad de las criaturas de Dios, es triturada por el yunque de la esclavitud interior, que los hace víctimas de las pasiones desordenadas (...) Tómate fuertemente de la mano de Mi Madre y concédele su afán a cada día, con la seguridad de que Mi Espíritu fortalece, alienta y guía el tuyo.

¿No crees que es Infinito Mi Amor y que puede llenarlo todo?
Sonríe y descansa en Mi Corazón...

Capítulo III

Enfermedad, sufrimiento y alivio

El 21 por la noche mi mamá empezó a tener dolores muy fuertes. Pasamos la noche, junto a la enfermera, sin descanso alguno. Yo me sentía tremendamente afectada al ver sus sufrimientos; le pedía al Señor que me concediera a mí sufrir esos dolores para aliviarla, pero entendía que debía padecerlos por sí misma para purificarse. Lo único que ella repetía, junto con las quejas por su dolor, era la frase: “¡Madre mía, Madre mía!”.

El día domingo (22) sufrió mucho y estuvo quejándose permanentemente. Estando yo en la iglesia me dirigí al Señor y rezándole delante de su crucifijo le dije más o menos esto: “Señor, desde la Cruz Tú te apiadaste del dolor de Tu Madre. Pero creo que no la has visto como yo veo sufrir a la mía. En un ‘¡ay!’ permanente. Te suplico, Jesús... que ella viva según Tu Voluntad, el tiempo que Tú quieras, pero que no tenga tanto dolor. Apiádate de sus sufrimientos porque cada dolor de ella es como una espada que atraviesa mi corazón”. (Se lo pedí llorando).

El médico le había recetado un calmante en gotas. Cuando volví a casa se las di, pero sé que no fueron las gotas sino el Señor Quien le quitó el dolor. Me concedió lo que le había pedido en oración. Los dolores pasaron casi inmediatamente y del todo. No volvió a quejarse más hasta que murió.

El mismo médico estaba sorprendido con lo que había sucedido, pues él sabía que el medicamento no tendría un efecto tan inmediato, tan intenso y prolongado.

La preparación del espíritu

Unos diez días antes de su muerte, mientras conversaba con mi madre, le había propuesto llevarla a la playa para que descansara unos días. Pero en ese período ella comenzó a decirme que “veía” a tal o cual otra persona (muchas que ya habían fallecido). Como tenía momentos en los que perdía la lucidez por su problema hepático, no le tomábamos en cuenta, hasta que dijo haber visto a mi hermano Carlos, quien le había contado que en el Cielo el mar era mucho más grande y más lindo que en la tierra.

En ese instante me convencí de que ella estaba viendo a personas que ya no estaban en este mundo (porque ella no había sido informada de que mi hermano había fallecido) y pensé que era bueno que estas almas viniesen a prepararla...

Sin embargo, en los últimos días, también manifestaba que veía personas que venían a atormentarla, que la insultaban y que la maltrataban.

Mi hermano Eduardo le dijo que eran personas que no querían que ella hiciera bien su comunión, y le sugirió que las echara de su lado diciendo que ella era de Jesús. Comprobábamos que dormía muy poco, como peleando con alguien, despertaba con pesadillas, decía que alejáramos a esas personas que la molestaban.

Ante esa situación decidimos que durante todo el día mantendríamos encendido el Canal de la Madre Angélica para que estuviera pensando en cada instante en temas referidos al Señor y en oración. Durante la noche rezábamos el Rosario con ella en turnos, mi cuñada, mi hermano y yo.

Tratando de comprender el por qué de estas “molestias” recordé que en una ocasión me había contado que una amiga la había llevado donde un adivino... Sospeché que era algo que no lo

había dicho en confesión. Pedí a mi director espiritual que, como sacerdote, la ayudara. Supongo que ella confesó el hecho, pues desde aquel instante toda molestia desapareció. Hasta su semblante cambió, reflejaba una serenidad y dulzura notables, y los amigos que llegaban a visitarla decían que parecía otra persona.

Aquí debo hacer un paréntesis para pedir a quienes lean estas líneas, que si alguna vez han estado involucrados en estas cosas de adivinación, tarot, magia o brujería, hagan una buena confesión, porque nunca nos damos cuenta de aquello con lo que hemos estado jugando y de las consecuencias que puede traer en nuestra vida.

Jesús, presencia siempre viva

El día 23, durante mis oraciones, el Señor, sabiendo que me sentía muy sola, me habló y me dijo:

- Querida mía: aquí estoy, acudo a tu llamada, pero ni un instante te he abandonado... Estás sola, aparentemente, Yo Estoy contigo.

Piensa en Mi angustia en el huerto, Me sentía solo.

¿Tienes miedo? También Yo lo tuve.

¿Necesitas hablar con alguien? Habla Conmigo.

¿Necesitas de una mano que te acaricie? Aquí están las Mías.

¿Necesitas un pecho en el que llorar? Hazlo en el Mío y Yo secaré tus lágrimas con Mis besos... Tus lágrimas se confundirán con las Mías. No soy indiferente a tus sufrimientos.

¿Quieres compañía para rezar? Aquí tienes a los Santos y a Mis Ángeles... Ofréceme la paciencia en esta vida de destierro y así cada vez que Yo te busque, seas libre de toda congoja y puedas gozar de una gran paz interior.

Coloca todo lo tuyo únicamente en Mi Divino Querer. Déjate llevar por Mi Santo Espíritu y agradece Sus generosas dádivas...

(Entonces, como es mi costumbre le pregunté al Señor si Él estaba en Mí y yo en Él. Luego me contestó)

- Sí, Tú en Mí y Yo en ti, pero recuérdalo en cada momento. Ahora reza el Salmo 121...

Primero la voluntad de Dios

El 25 estaba muy agotada por el sufrimiento interior, asustada de sufrir más. Entonces, empecé a escuchar la voz de la Virgen:

- No deben temerle al sufrimiento, porque el temor evita hacer la Voluntad Divina.

Ante todo deben aceptar la Voluntad de Dios, tanto si se les envía acontecimientos felices, como ingratos o desagradables.

Deben pedir por un Espíritu de permanente oración para vivir su existencia con valor, por amor al Señor, inclusive cuando les parece amarga y llena de sufrimientos.

Infelizmente, hay muchos hijos Míos que buscan una y otra cosa y cuando las consiguen descubren que no les trajo la felicidad que esperaban...

Qué tristeza siente Mi Corazón maternal cuando se quejan de las personas a su alrededor y del lugar que les ha tocado vivir. Estos hijos, en cualquier circunstancia y con quienes sea sentirán lo mismo porque el cambio debe venir de adentro de sí mismos.

Piensen que únicamente el dominio de las faltas, el desapego al “yo” deberá llevarlos al camino de la santidad. No hagan pacto con sus faltas sino atáquenlas practicando esforzadamente la

virtud opuesta. Preocúpense de los demás y olvidense un poco más de sí mismos. Detesten el pecado por lo que verdaderamente es: ofensa a Dios y fracaso de sí mismo.

Querida Mía, refugia tus sufrimientos en el regazo de tu Madre celestial, Yo nunca te abandono y pido por tu fortaleza. Piensa en San Juan Bautista y como él, bendice el vientre materno en el cual el Altísimo puso Su mirada llena de Amor.

Paz, paz, paz... Pide al Señor que te conceda el don de la paz en todo momento.

Así fue, con muchísimo amor me acerqué a mi mamá y poniendo mi mano en su vientre le dije: "Mamacita, bendito sea tu vientre, porque aquí puso Dios Su mirada llena de Amor para que nos trajeses a la vida".

Besándome contestó: "Bendita tú, amor de mi amor, porque fuiste madre de tu padre y ahora eres madre de tu madre..." Creo que la herencia más hermosa que recibí de mis padres, de ambos, fue oír estas palabras de ellos antes de morir.

Esa noche, luego de mis oraciones, al despedirme de Jesús le dije: "Te hago un trato, Señor, te cambio por un ratito Tu Corazón por el mío... Indudablemente que vas a salir perdiendo, pero, ¿sabes por qué te lo pido? Porque si me das Tu Corazón me vas a santificar y al recibir el mío feo, pequeño e indigno, al entrar en Ti, igualmente lo vas a santificar..."

Capítulo IV

El día del Sagrado Corazón: la hora del adiós

En los primeros minutos del 27, día del Sagrado Corazón de Jesús, como a las doce y diez de la noche entré a rezar y vino el siguiente diálogo. Jesús me dijo:

- ¡Ámame!
- ¿En quién quieres que te ame hoy, Señor?
- En los que te hacen daño.
- Entonces sí que voy a tener que amar a muchos.
- No tantos como los que me dañan a Mí y Yo los amo.

Sentí una gran dulzura, pensé en todas las personas que me habían herido y lastimado. Sentí solo amor, tenía todo el deseo de expresarlo y decírselo a todos ellos. Seguramente ese inmenso amor, es el Amor que el Jesús siente por todos nosotros. Le dije al Señor:

- Quería ser la primera persona en besar hoy tu Sagrado Corazón.
- Dieron las doce cuando Mi Corazón besaba el tuyo. Recuerda durante este día que Yo te sostengo.

En la mañana, durante mi oración le dije al Señor que si yo tuviera que escoger un día para que se llevara a mi mamá sería el día del Sagrado Corazón, o sea, ese día. Luego le expresé algo así: “si tú estuvieras en mi lugar, Tú también habrías elegido este día para que Tu Mamá se fuera al cielo. Hoy te la entrego con todo mi amor”.

A las dos y cuarenta y cinco de la tarde, más o menos, mi madre se descomposó. Se le reventó una vena en el esófago y empezó su agonía. A diferencia de los días anteriores, este día amaneció

lúcida como para decir todo lo que debía. Corrimos a auxiliarla y ella nos tranquilizaba. Pidió que rezáramos la Coronilla a la Divina Misericordia. Ella repetía las oraciones entre espasmos en los que perdía mucha sangre, pero estaba completamente consciente... Y así empezó a mezclarse el dolor con el gozo, el miedo con la confianza, la impotencia con la esperanza y el amor... en un clima de recogida oración y canto.

Mi director espiritual tenía que celebrar la Santa Misa en una Parroquia, así es que antes de que se fuera le pedí que le suministrara una vez más la Unción de los enfermos. Ella comulgaba todos los días, pues se iba preparando para este momento importante. Pidió la bendición del sacerdote y le dijo: "Padre, acuérdesse siempre de mí y no me olvide en sus oraciones..."

La experiencia que vivimos en casa habrá de ser inolvidable para todos los que estábamos con mi mamá. Pudimos experimentar el amor de Dios vivo y presente en una mujer tan debilitada y frágil.

Durante la enfermedad atendió a mi madre un médico para quien sólo tengo palabras de gratitud, porque no sólo es uno de los mejores especialistas que conocimos, sino que vive su fe católica y ofrece un valioso testimonio de vida desde el ejercicio de su profesión. El doctor había viajado a un Congreso, por lo que llamamos a su reemplazante, pero éste lamentablemente no tuvo la misma actitud, por lo que tuve que acudir al Señor en cada momento para que Él nos guiara.

Me parece muy importante sugerir ahora a todos que en circunstancias difíciles se busque un médico católico practicante, sensible al sufrimiento de la familia que acompaña a un enfermo terminal. Los médicos deben comprender que los pacientes son seres humanos y que no necesitan sólo una receta, sino también la cercanía, la seguridad, la estima y confianza; el amor que una profesión de este tipo requiere.

Comprendiendo que había llegado el final pensé que deberíamos despedirla como corresponde a los que viven y mueren en la gracia de Dios. Volvimos a orar, poniendo una música de alabanzas como fondo. Ella podía escuchar algunos Salmos, cantos religiosos y el mismo Rosario. En medio de su sufrimiento, parecía encantada con lo que escuchaba.

Veía el dolor de mi hermano Eduardo y me lastimaba mucho más porque es una persona muy sensible. En determinado momento, pedí a mi madre su bendición y lo hizo con cada uno de nosotros.

En cierto momento, como a las seis y media de la tarde, dijo que ya tenía que irse con "ellos" y hacía ademán de levantarse. Le respondí que esperase un poco, que se calmara. Me miraba con las pupilas dilatadas y me decía "¡ya, ya!..." Al principio no le entendía pero luego de dos o tres veces que lo hizo me di cuenta de que quería rezar la jaculatoria de la Corona de la Misericordia y decía "Santo Dios, Madre mía, Madre mía." Entonces la invitábamos a repetir: "Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal... ten piedad de nosotros", "Jesús, José y María salvad almas y salvad el alma mía", "Señor en Tus Manos encomiendo mi espíritu", y ella lo repetía varias veces.

Daba la impresión de que su alma quería salir del cuerpo, pero ella quería irse en alma y en cuerpo a la vez, con un entusiasmo que verdaderamente nos sorprendía.

Empezó de nuevo a sangrar por la nariz y la boca. La recostamos.

En cierto momento llamó a la joven que ayuda en casa, que la había cuidado por cerca de cuatro años y le dijo: "Doris, te encargo a mi hija, a mis hijos". Luego me dijo a mí, "Ahora vas a ser mamá de tus hermanos, así como has sido mi mamá"... Al final, despidiéndose dirigió unas palabras a cada uno.

¡Tengo que irme, déjenme ir!

Abría los ojos muy grandes, como buscando algo y repetía: "Padre, mi espíritu..." y nuevamente: "¡ya, ya!. Comprendimos que quería decir "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", la ayudamos y lo repitió cuatro veces.... Después dijo: "no me detengan, tengo que irme, déjenme ir"

Tenía sus manos muy frías entre las mías, le dije que se fuera sin temores a los brazos de Jesús, que era un día maravilloso, el día del Sagrado Corazón, que todos la despedíamos con alegría... Le empecé a cantar "más allá del sol, yo tengo un hogar...." Ella se unió a mi canto; luego comencé a cantarle una canción de cuna y también me acompañó. Mientras tanto, todos los demás permanecían en oración alrededor de ella, rezando el Santo Rosario.

Después de unos momentos dijo: "¡No puedo irme! Tengo que ver primero a la Virgen..." Le pasamos el cuadro de María Auxiliadora y le dije que ahí estaba ella. Pero miró en otra dirección y replicó: "Sí, ya está aquí, ¿cómo es su nombre?... " Mi cuñada Anita le preguntó: ¿Es María Auxiliadora? Dijo que no. Anita le preguntó si era nuestra Señora de Guadalupe. Dijo: "Sí, es Ella, así es Su nombre... Hagan lugar a la Mamita, den paso... ¡Santo Dios...! ¡Madre mía...! ¡Padre mío, en tus manos...! y levantando su mano cayó inconsciente, como para agarrar la mano de alguien a quien no veíamos. Duró menos de un minuto en ese estado y expiró...

Tanto sufrimiento, especialmente en los últimos meses, había acabado con sus fuerzas. Creo que no podíamos esperar muerte más santa y más serena.

Su velorio fue tan humilde como era ella. No quisimos que la pusieran en un ataúd, la recostamos en su cama, alquilada de hospital. Eso me llevó a meditar una vez más en cuán vano es el

apego a las cosas materiales, porque a la hora de irse uno, en verdad no tiene nada.

Le pusimos el vestido blanco que días antes ella había pedido insistentemente que le alistasen, y llegó la gente de la funeraria a preparar su cuerpo. Sólo pedí un crucifijo con dos luces internas y nada de cordones, ni adornos que de tan llamativos desentonan con el luto y los sentimientos de la familia.

Rodeaba su cuerpo inerte únicamente la parte de mi familia que vive en esta ciudad, y el grupo íntimo de nuestro Apostolado, una amiga muy querida que llegó de México para acompañar a mi hermano al crematorio, Analupe, y yo.

En medio de todo este dolor, dimos gracias al Señor por personas a quienes mi mamá quería mucho, como David Lago, quien se ocupó de todo como si fuera un hijo más; el Dr. William Rosado, quien dejando de lado compromisos familiares, guió la parte de los trámites médicos. Miguel, Cecilia, Pepe... Y el resto del grupo, cada uno con su cuota de afecto y solidaridad.

El sacerdote que nos dirige celebró la Misa de Cuerpo Presente en el dormitorio, junto a la cama donde mamá parecía dormida.

Pero el Señor maravilloso, quiso darnos algo más para ella, como una tarjeta de condolencia enviada por el Cielo: las madres Dominicanas, amigas tan queridas nuestras, aparecieron en casa para cantar en la Santa Misa. Verdaderamente parecía que estuviésemos en un lugar muy lejos del dolor y de la tierra; en algún momento nos pareció escuchar a los mismos coros de ángeles.

La velamos toda la noche, con la carita descubierta. Llegó a acompañarnos por unas horas un sacerdote amigo al que mi mamá especialmente apreció mucho, y quien generosamente ofreció su Iglesia para celebrar la Misa y depositar sus cenizas.

¡Cuánto amor de las personas cerca de nosotros! Especialmente de una joven a la que quiero como si fuera mi hija, y que permaneció junto a mí las 24 horas siguientes: Martha, que Dios pague tu compañía.

Hubo lágrimas, sí, pero no un llanto desesperado. Estuvimos en oración toda la noche. Al día siguiente, a la una de la tarde fue llevada al Crematorio. Yo había llamado por teléfono a un Arzobispo para que me orientara sobre estas cosas, pues en mi país no se acostumbra tomar esta medida y su respuesta me dejó tranquila al respecto.

Cuando mamá dejaba la casa me dirigí al Oratorio para rezar el Santo Rosario con mi director espiritual (bendito hombre que el Señor puso para fortalecernos y salvar a mi mamita). Yo sabía que sólo la oración podría ofrecerme el sosiego esperado. Los miembros del Apostolado acompañaron su cuerpo mientras cantaban a la Virgen: "Ven con nosotros a caminar, Santa María, ven..."

Más tarde, la Santa Misa fue celebrada en un clima de profundo gozo espiritual y paz, en el Santuario de la Divina Misericordia. Allí, en la Cripta, descansan los restos de aquella mujer que confió tanto en la Misericordia de Dios.

Capítulo V

Su herencia: Caridad, humildad, valor

De ella solo queda el amor que nos dejó, su profunda caridad para con el prójimo, la admirable humildad que quienes la conocieron reconocían en ella, su ejemplar valor y el deseo de expiación por sus culpas, para llegar más purificada a los brazos del Señor...

Pienso sonriendo: ¡Qué sorpresa se habrá llevado cuando veía que dos hijos la despedían y el menor la esperaba allá!... No dejo de agradecer al Señor que estuvo en cada detalle y ese Corazón maravilloso de nuestra Mamá del cielo, que perfumó toda mi casa con un olor profundo a flores desde el momento que empezó su agonía.

El espíritu vuela hacia Dios

Alrededor de las 9 de la noche oré ante el cuadro del Corazón de Jesús. De pronto, éste empezó a llenarse de luz. El Corazón empezó a crecerle hasta alcanzar una gran medida, de modo que frente a mí sólo había una luz dorada y nada más, todo lo demás había desaparecido.

En medio de esa luz vi a una mujer de espaldas, vestida con un traje blanco largo, que parecía confeccionado en gasa. Me daba la impresión de verla volando pero erguida, como corriendo, pero sin mover los pies. El cabello largo le llegaba hasta media espalda, castaño, bastante ondulado, salpicado con flores blancas como pensamientos, eran hermosas flores naturales.

A sus costados iban, en dos filas, personas vestidas con túnicas de color pastel: celeste, rosa, verde... Apenas me fijé en ellas.

De pronto pensé que la mujer podía ser mi mamá, pero estaba joven, y recordé que nunca la había visto con el cabello tan largo... Por una fracción de segundos, ella se dio vuelta para mirarme ¡Y pude reconocerla!. Con una sonrisa hermosa pero joven, muy joven; mientras proseguía su vuelo hacia esa enorme Luz, que es seguramente donde se encuentra el Trono de Dios.

Esta visión mitigó mi dolor y sentí una gran paz; me rodeaba aquel silencio que sentí alguna vez cuando algún sacerdote, luego de imponerme las manos, me ayudó a conocer aquel estado especial conocido como “descanso en el espíritu”.

Debo comentar que durante la celebración de la Santa Misa con el cuerpo presente de mi mamá, cuando el sacerdote rezaba el responso y decía: “Al Paraíso te lleven los Ángeles, a tu llegada te reciban los Mártires y te introduzcan en la Ciudad Santa...”, Jesús me habló:

- Eso fue lo que viste... –me dijo.

Lloré de alegría, agradecida con mi Señor por cada una de sus delicadezas en estos momentos de tanto dolor. ¡Gracias Señor porque cuidas de cada detalle para demostrarme tu infinito Amor!

Dolor y misericordia

El día 29 el Señor me dijo:

- El oro se prueba en el ardiente crisol. Todo lo que están viviendo es necesario para el crecimiento... Te amo mucho, créelo, y ámame más. Aunque creas que ya no puedes amar más, sigue ejercitándote en ello, el amor es como un recipiente de goma que se dilata, con la única diferencia de que nunca explota el recipiente si no que se afina hasta convertirse en material noble.

Más tarde prosiguió:

- Mi deseo es que toda alma sea santa para llegar hasta Mí en el momento de su muerte y permanecer en el Reino que le tiene preparado el Padre desde siempre. Sin embargo, deseo purificar esa alma aún en la tierra, para que en lo posible, no purgue lo que le faltó limpiar en vida, por eso cuando una persona está bien dispuesta y desea conocerme, amarme, darme a conocer y purificarse en la tierra, Yo hago Mi labor de alfarero y modelo ese barro unas veces añadiendo algo más de agua para afinar la masa; otras golpeando o apretando la masa para ablandarla y cuando ya está lista, la cocino en el horno ardiente de las virtudes, para que esa obra quede suave al tacto, brillante y digna de presentarla y ofrecerla a un Rey.

Aunque tenía la certeza de haber visto el viaje de mi madre hacia el Trono del Señor, me cuestionaba si su alma tendría que expiar un tiempo en el Purgatorio... Fue entonces que el Señor me dijo:

- ¿Por qué permites que el demonio siembre dudas en tu mente? Confía y ora... No lo comprenderán hasta que no estén en este lado, pero aunque tengan la casi certeza (como He revelado a ciertas almas) de que sus muertos ya gozan del Paraíso, sigan rezando por ellos, porque de este modo ustedes concluyen lo que a ellos les faltaba o incrementan lo que otras almas cercanas presentaron en sus manos al encontrarse Conmigo.

Cuando dije "Vengan a Mí todos los que están cansados o agobiados...", también lo dije para ti. Muchas cosas que Yo permito o que envío, a veces les parecen tontas o injustas. La fe tiene que enseñarles que Yo planifico todo para bien. Recuerda que el alma que conserva la paz y la fe en la adversidad tiene derecho a esperar Mi Amor y Sus beneficios.

Como regalo especial de Dios tuvimos la visita de nuestro Asesor Eclesiástico Internacional, un gran amigo y sacerdote muy ungido por el Señor, quien celebró conjuntamente con mi director

espiritual una Misa de sanación y perdón, en la cual sentimos muy fuertemente la Presencia viva de Jesús entre nosotros. Ambos sacerdotes estaban unidos a Jesús en el amor y la piedad por esta porción de Su Pueblo sufriente.

Mi familia y un matrimonio muy querido por nosotros, a quienes deberemos siempre gratitud, participamos de la Eucaristía. ¡Cuántas cosas hay que sanar en el alma de cada ser humano! Con gratitud pudimos comprobarlo.

Capítulo VI

Confesión, muerte y transformación

Habían transcurrido diez días desde la muerte de mi querida mamá cuando una mañana, al terminar de hacer mis primeras oraciones del día, en mi habitación, me pidió el Señor que permaneciera allí por unos instantes. De pronto, como en una película, apareció ante mis ojos la escena de la muerte de mamá.

Será necesario pues que vuelva hacia atrás en el relato, y que repita algunas cosas que ya les he contado, para poder hacerles comprender mejor todo lo que había sucedido aquel día, y que el Señor me permitió ver completamente recién después, en la visión que ahora les cuento.

Vuelvo entonces al día en que mi mamá agonizaba, tal como pude verlo en esta visión...

Ella estaba en su cama, acabábamos de recostarla sobre su lado derecho y yo le limpiaba la sangre que perdía por la nariz. Ella miró por encima de mí hacia la ventana, me apretó la mano y me dijo: “Quiero estar contigo”.

-¿Tienes miedo, mamacita?- le pregunté algo angustiada.
- No, no tengo miedo, pero quiero estar contigo.

En ese momento vi unas personas que se acercaban detrás de mí y de mi mami, al lado derecho de ella.

Reconocí a San José, a San Antonio de Padua, Santa Rosa de Lima, Santo Domingo de Guzmán y San Silvestre, que se pusieron detrás de la cabecera de mi mamá, al lado de “Leopoldo”; así se llamaba el Ángel de la Guarda de mi mamá, un jovencito muy hermoso que de rodillas parecía estar en oración mientras con sus manos acariciaba la cabeza de ella.

Habían otras mujeres y varones más, jóvenes y viejos, eran como unas cuarenta personas, todas orando. Un joven, vestido con alba blanca, llevaba una pequeña fuente dorada entre las manos. De tiempo en tiempo introducía una mano en ella y sacaba humo, echándolo hacia arriba como incienso.

Con ello parecía evitar que se acercaran unas sombras oscuras, que se veían como alejadas del dormitorio, temerosas de arrimarse. El joven movía los labios como rezando algo, luego cambiaba la pequeña fuente de mano y hacía lo mismo con la otra, echando al aire ese humo. Daba vueltas alrededor de toda la gente que rodeaba la cama de mi mamá, detrás de nosotros. Me asombré de ver tantas personas. Entonces Jesús me habló y me dijo:

- Son sus santos protectores y aquellas almas que ella ha ayudado a salvar con su oración y sus sufrimientos, y aunque ella no las conocía, vinieron para acompañar su tránsito.

Cuando la pusimos del otro lado para cambiarle la ropa, mi mamá dijo:

- Ya tengo que irme con ellos. Mientras miraba por encima de mi hombro.

Le aconsejamos tranquilizarse. Le cantamos un Salmo y ella fue repitiendo el canto. Abrió los ojos casi maravillada, como contemplando algo que no podía expresar y dijo:

- “¡Enciendan la luz!”. Lo hicimos, pero entendiendo que ella ya no veía lo que había en la tierra, sino lo que estaba más allá. Entonces, apretándome la mano dijo: Santo Dios, ¡ya!... Santo Dios... ¡ya!... Como impulsándome a orar, a repetir la jaculatoria: ¡Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, Ten piedad de nosotros y del mundo entero!

Ella repetía una y otra vez la jaculatoria mientras insistía:

- "Tengo que irme". -Movía los pies como para caminar y manifestaba: "No me detengan"... Y nuevamente volvía a decir: "Santo Dios, Santo Fuerte... Ten piedad de mí y del mundo entero".

Las personas que la rodeábamos empezamos a rezar la Oración de la Corona de la Misericordia. Pero al mismo tiempo ella repetía sus propias oraciones. Insistía expresando: "¡Padre, mi Espíritu! ¡Ya..., ya!..." No recordaba la oración completa. Empezamos a decir: "¡Padre, en Tus manos encomiendo mi espíritu...", entendiendo que era eso lo que ella quería expresar... Ella asintiendo, repetía nuestras palabras.

En la visión que tuve, observé que hacia el lado izquierdo de mi mamá, detrás de donde estábamos nosotros, empezaba a llegar otro grupo de gente, y entre ellos pude reconocer la figura de mi padre, una de mis abuelas, una tía que vivió con nosotras, y otras personas cuyos rostros no alcanzaba a ver claramente. Estaba deslumbrada por lo que contemplaba, pero a la vez trataba de concentrarme más en mi madre.

Frente a ella se encendió una luz y vi acercarse, como bajando a la altura del techo, un coro de ángeles que cantaba. Conformaban dos hileras de personajes celestes, y al llegar junto a nosotros se separaron para rodear el lugar. Todo era muy solemne. En un momento dijo mi mamá, como dirigiéndose a las personas que seguramente venían a acompañar su tránsito:

- ¡Esperen, tengo que ver primero a la Virgen!

Mi hermano le dijo: "mamita, el Señor está aquí, te está esperando..." Esto lo dijo porque antes mi madre había manifestado haber visto al Señor. Y ella replicó... "todavía debo ver a la Virgen..."

Muchas veces ella había escuchado que la Virgen recogía las almas de aquellos que esperaban la muerte rezando el Rosario.

Le pasamos el cuadro de María Auxiliadora para que mirase a la Virgen, pensamos que era eso lo que quería ver, pero ella miraba por encima del cuadro, parecía que no veía ya las cosas de este mundo, sino todo lo del más allá... De pronto dijo: “¡Ahí la veo, ahí está... den campo a la Mamita!. Debemos pedir el perdón a la Virgen....”

El tierno abrazo de la Madre

En ese instante yo vi que la Virgen bajaba del cielo y suspendida en el aire, se situó a los pies de mi madre, vi que extendía las manos hacia mi mamá. En uno de los brazos, la Virgen llevaba un vestido blanco. Mi madre extendió la mano como para recibir algo o tocar algo, observé cómo la Virgen le tomó la mano. Mamá perdió el conocimiento en ese momento, por menos de un minuto, y expiró.

Cuando su cabeza quedó quieta sobre mi mano, pues yo la estaba sujetando, pensé que toda la visión desaparecería, pero inmediatamente contemplé el instante en el que se irguió el alma de mi madre, separándose de su cuerpo...

Se dirigió hacia la Virgen, que en ese momento le presentó el traje blanco con las dos manos, como midiéndoselo por encima del camión que ella traía puesto. Inmediatamente apareció vestida con ese traje... La Virgen tenía mucha dulzura en Su expresión, sonreía y tomó a mi mamá abrazándola a media espalda: Ella, a su vez hizo lo mismo apoyando su cabeza sobre el hombro de la Virgen y ascendieron juntas con todo el séquito de personajes que acompañaban la escena.

La habitación quedó casi vacía. San José nos dirigió una mirada, tocó la mano de San Silvestre y éste nos impartió la bendición a todos. Se dio la vuelta y salió, seguido por San José.

Jesús me dijo muy solemnemente:

- Cuéntalo al mundo, para que los hombres valoren la Gracia que brinda estar junto a un moribundo que parte auxiliado por el cielo. El recogimiento debe ser absoluto, puesto que parte del cielo se encuentra en ese recinto. Es el momento en el que Dios visita ese lugar.

Concluida la visión me arrodillé para agradecer a Dios llorando por habernos regalado toda esta gracia, y por haberme permitido ver esta maravilla que hoy puedo relatar al mundo, para que se dé cuenta de la importancia y del deber que tenemos de ayudar, a nuestros moribundos y a todo moribundo, para que inicien felices el viaje hacia la eternidad del Amor de Dios.

Capítulo VII

Una llamada urgente: la asistencia al moribundo

Algunos días después me encontraba orando la Corona de la Misericordia cuando escuché la voz del Señor que me decía:

- Pon atención a lo que vas a ver, no temas, pero es necesario que veas. En ese momento tuve la visión de una habitación en un hospital. Allí se encontraba un caballero, de entre 50 y 65 años (no podía determinar mejor su edad porque se veía enfermo y muy demacrado).

Había varias personas junto a él, unas lloraban pero todos se veían pendientes de su deceso. Se escuchaban llantos desesperados, el hombre se contorsionaba de dolor, sabía que se estaba muriendo, se lo notaba molesto, renegaba mientras decía:

- ¡Cómo me he de morir...! ¡Cómo Dios ha de permitir que me muera...! ¡Hagan algo... no quiero morirme!

Mientras, agitaba su cuerpo bruscamente. Se rebelaba ante la inminencia de la muerte. Se notaba el conflicto, la tortura, la falta de paz. Y me impresionaba ver que la gente que estaba con él no aportaba en nada a la paz de esta alma, nadie oraba.

En el pasillo externo reconocí un pequeño patio donde algunas personas conversaban y reían, algunas fumaban y bebían, absolutamente ajenas al sublime momento que vivía, en conflicto, ese enfermo cercano. El panorama parecía cualquier evento social cotidiano.

Luego vi venir una religiosa y el Señor me dijo:

- Es una enviada de Mi Madre. Pude ver entonces a la Virgen que a distancia contemplaba la escena, con las manos juntas

orando, mientras le corrían lágrimas por el rostro. Había un ángel al lado del enfermo con un semblante muy triste; con una mano se tapaba el rostro y con la otra tocaba al enfermo. Luego se levantó el ángel y con las manos trataba de despejar muchas sombras que se acercaban hacia el hombre. Estas formas se veían desfiguradas como con cabeza de venados, osos, caballos, no podía ver con más nitidez porque eran sombras.

Cuando la religiosa ingresó a la habitación se acercó a la cama... Tomó la mano del moribundo. Trató de darle una estampa diciéndole algo. El hombre levantó la mano en signo de rechazo, la religiosa insistió otra vez para acercarle la estampa, pero con el poco aliento que le quedaba el moribundo manoteaba, negando ese acercamiento. Gritaba molesto. La religiosa desocupó el lugar muy triste.

En el pasillo tomó su Rosario y empezó a orar. La gente que la miraba sonreía de manera burlesca, no consideraban en lo más mínimo la importancia que tendría su oración en este delicado momento. Ella los invitaba a rezar pero los ojos y las muecas manifestaban su claro rechazo.

A los pocos minutos el hombre falleció, y pude observar que cuando su alma se incorporaba todas esas sombras saltaron sobre él, cada uno lo jaloneaba, parecían fieras, lobos, perros que descuartizaban una presa. De pronto el ángel se puso delante de ellos y levantando la mano, ordenó:

- ¡Alto! ¡Suéltelo, primero debe presentarse ante el trono de Dios para ser juzgado!

Alguna gente se puso a llorar alrededor del difunto de manera desesperada, o mejor dicho histérica.

Comprendí entonces la diferencia que hay cuando despedimos a un alma que está en paz y parte con la esperanza puesta en la Misericordia de Dios.

Segunda Parte:

El Sacramento de la Reconciliación



“¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se perdió, hasta que la encuentra?

Quando la encuentra se la pone muy contento sobre los hombros y, llegando a casa convoca a los amigos y vecinos y les dice: “Alégrese conmigo porque he hallado la oveja que se me había perdido.

Les digo que de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión”. (Lc 15, 4-8)

Capítulo VIII

Tú que quitas los pecados del mundo...

El día martes 8 de julio viajamos a Cozumel, pues habíamos sido invitados a dictar una conferencia allí. El Señor me dictó un mensaje para una joven diciéndome: “Dile que durante mucho tiempo he esperado este momento y espero su entrega”. Era una joven que fue a buscar a nuestro director espiritual para realizar una confesión de vida. Cuando le entregué el mensaje ella lloró. Entonces el Señor me pidió que la ayudara.

Conversamos hasta la llegada del sacerdote. Cuando juntos salían de una habitación dirigiéndose a otra para la Confesión, vi repentinamente que alrededor de ella había una gran cantidad de gente, tal vez diez o doce personas, que querían entrar con ella al recinto. Me sorprendí mucho al ver aquello, pero pronto comprendí que era una experiencia mística y me puse en oración.

Se oía por un lado unas voces que hablaban fuerte, con una música al ritmo de tambores que aturdía, y al mismo tiempo un coro, unas personas que cantaban el Ave de Fátima y otro coro que en la lejanía cantaba y decía: “¡Gloria y alabanza a Dios Creador, al Hijo Redentor, y al Espíritu Santo...!”

Me arrodillé y pedí que el Señor iluminara esa confesión. De pronto escuché un bullicio de gente que gritaba. Miré inmediatamente hacia el lugar desde donde provenían los ruidos y era el balcón de la habitación donde estaba confesándose la joven.

Lo que vi fue espantoso: figuras absolutamente desagradables, criaturas deformes, que salían corriendo y gritando y se arrojaban por el balcón al vacío. Al arrimarme a mi ventana para ver la caída, que fue mi primer impulso, no vi más a nadie.

En ese momento entró el amigo que había pedido al padre la Confesión para ella, y ambos pudimos escuchar claramente el ruido de cadenas y fierros que parecían rasgar el techo y las paredes. Nos pusimos a rezar, le dije que no tuviera miedo, que son los típicos ruidos y enojos del demonio porque se le estaba arrebatando un alma. Me acompañó unos minutos en la oración, luego tuvo que marcharse.

Quedé sola en oración unos minutos, no sé cuántos, y de pronto una luz me hizo abrir los ojos. Constaté que frente a mí había desaparecido la pared que separaba el cuarto donde se realizaba la Confesión de la habitación donde yo me encontraba.

Pude ver entonces a la joven que estaba sentada, confesándose, pero no delante del sacerdote sino frente a Jesús mismo. Yo no veía al sacerdote, era Jesús Quien había tomado su lugar. El Señor se veía de perfil, con las manos entrelazadas como en ademán de oración, mientras apoyaba sobre ellas Su mentón; pero Su actitud era de atenta escucha.

Detrás de la muchacha y junto a la puerta de la habitación estaba el grupo de personas entre las cuales se reconocía una monja, vestida de azul y con velo negro. Junto a ella, sobresalía un Ángel con las alas muy grandes, una figura majestuosa, con una gran lanza en la mano derecha, mirando a izquierda y derecha, en actitud de alerta. Pensé que podría ser San Miguel Arcángel, o algún capitán de su Milicia Celestial.

En el fondo, a la derecha de Jesús y de la joven que se confesaba, reconocí a la Virgen María, de pie, vestida como Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, con un traje que parecía de seda, color perla, y un manto color “tostado”, o caramelo, con los emblemas que usualmente lleva esa imagen.

Dos ángeles muy altos, de pie, sostenían sus lanzas en una mano, observando de manera atenta, al igual que el de la puerta. Estaban vigilantes y alertas, como custodiando a la Virgen, que

permanecía de pie con las manos en oración, mirando hacia el cielo, mientras ellos parecían vigilar todo el recinto.

Había muchos pequeños ángeles que iban y venían, como si fueran transparentes. En cierto momento, Jesús levantó la mano derecha dirigiendo la palma a cierta distancia de la cabeza de la joven. Toda Su mano estaba llena de luz, de ella salían rayos dorados que la cubrían enteramente con todo esplendor, transformándola. Yo veía cómo el rostro de la penitente iba cambiando, como si le quitaran una máscara... Vi cómo ese rostro duro de antes, se transformaba en otro más noble, dulce y pacífico.

En el instante en el que el Señor impartía la absolución, la Virgen hizo una genuflexión e inclinó la cabeza y todos los seres que estaban a su alrededor hicieron lo propio. Jesús se puso de pie, se acercó a la penitente y recién pude ver al sacerdote sentado donde antes estaba Jesús.

El Señor abrazó a la joven y la besó en la mejilla. Luego se dio la vuelta, abrazó al sacerdote y también lo besó en la mejilla. En ese instante, todo se llenó de intensa luz que desapareció como ascendiendo hacia el techo al mismo tiempo que desaparecía toda la visión y me encontraba yo de nuevo viendo a la pared.

Después de haberme regalado esta inusitada experiencia mística me habló el Señor, diciéndome:

- Si ustedes supieran cómo se transforma un alma que ha efectuado una buena confesión, todos los que están cerca de ella la recibirían de rodillas, porque en virtud a la gracia santificante, está llena del Espíritu Santo.

Cuando la joven salió de la confesión, sentí un verdadero deseo de arrodillarme delante de ella, pero la abracé con todo mi amor, pues sabía que estaba abrazando a la persona que antes había abrazado el Señor. Se veía distinta, mucho más joven y muy

feliz. Relaté todo a mi director espiritual y permanecimos ambos en oración, dando gracias a Dios.

En la noche el Señor me pidió que me preparase para escribir todo cuanto había visto, en una publicación dedicada al *Sacramento de la Misericordia: la Reconciliación*; que es el presente texto.

Capítulo IX

El delicado momento de la Reconciliación

Dos días después el Señor dijo que continuaríamos con nuestro trabajo y de pronto me vi en una Iglesia, frente a un grupo de personas que esperaban su turno para confesarse.

Aparecieron ante mis ojos muchas “sombras”, con figuras que tenían el cuerpo de gente pero las cabezas de animales. Estas enlazaban a una persona que iba hacia el confesionario, con sogas en el cuello y en la frente; mientras, le decían algo al oído...

De pronto una de esas sombras se separó discretamente del resto y tomó la forma de una mujer vestida, arreglada de manera muy provocativa, que pasó por delante del hombre que iba a confesarse. Él, distrayéndose, detuvo su mirada en ella. Aquellos seres horribles reían a carcajadas muy complacidos. Un ángel luchaba con las manos tratando de ahuyentar a esas fieras.

Otra de las personas que esperaba confesión, una joven muy humilde, tenía un librito de oraciones entre las manos, se la veía recogida, leyendo y luego meditando... Las sombras se acercaban a cierta distancia pero no podían enlazarla, parecía como si el ángel que la acompañaba fuera más fuerte que aquellas (eso pensé).

Me quedé observando y cuando esta joven terminó de confesarse, ya no estaba más vestida como antes, llevaba un traje largo de color perla, casi blanco, con una diadema de flores en la cabeza, iba rodeada de cuatro ángeles que acompañaban su paso hacia el Altar. Tenía el rostro lleno de paz. Allá se arrodilló para rezar, seguramente su penitencia, y los ángeles permanecieron con las manos unidas en actitud orante. Entonces concluyó la visión y volví a ver los muebles de mi casa.

El Señor me dijo:

- Acabas de ver a dos personas acudiendo al Sacramento de la Reconciliación. Una que distraídamente y sin previa preparación va hacia el confesionario. En tal circunstancia, cualquier cosa que hagan los malos espíritus, cobra mayor fuerza.

En cambio, la joven estuvo en oración, preparando su confesión, pidiendo asistencia del cielo. Es así como el demonio no pudo acercarse a ella y su ángel guardián pudo obrar mejor en su defensa, puesto que ella lo invocaba.

Luego agregó:

- Todos deberían orar por aquellas personas que van a confesarse, para que hagan una buena confesión, pues podría ser la última de su vida.

Me hizo comprender que todas las personas que permanecían en la Iglesia, también podrían ayudar con sus oraciones, intercediendo por el confesor y por aquellos que van a confesarse. Me asombré de que pidiera oraciones en favor del confesor, puesto que días antes yo misma había visto que era Jesús el que perdonaba en lugar del sacerdote.

Luego dijo el Señor:

Por supuesto que necesitan oraciones. También están expuestos a las tentaciones, a las distracciones, al cansancio. Recuerda que son seres humanos.

El don otorgado al sacerdote

Durante la noche, el Señor me instruyó acerca de lo que sucede cuando una persona pide confesión y no se la conceden por negligencia o descuido. Así dijo Jesús:

- Si un alma busca a un sacerdote para confesarse, a menos que sea un caso de fuerza mayor, éste está obligado a escuchar la confesión del fiel; porque si ese pecador muere, inmediatamente, es ingresado en el Paraíso en virtud a su arrepentimiento y deseo de purificación. Yo mismo le doy la absolución.

Pero el sacerdote que se negó a confesarlo por comodidad o negligencia, sin tener un motivo justificable ante Dios, tendrá que responder ante la Justicia Divina y dar cuentas de una falta muy grave, tanto como si él mismo fuera culpable de los pecados que se negó a escuchar y perdonar, a menos que haya confesado y enmendado su culpa.

El sacerdote ha recibido dones que no han sido otorgados ni a Mi Madre; está unido a Mí y obra en Mí, por lo tanto merece mucho respeto de parte de las personas que van a buscar el Sacramento. Respeto en el trato, en la forma de vestir, en la forma de aceptar sus consejos y la penitencia impuesta.

Por eso les pido oraciones por los sacerdotes, para que fieles a su vocación y a la Gracia que se le confiere en Mi propia Persona, (in persona Christi), concedan el perdón y Misericordia a las almas.

Recuerda, hija Mía, que todo tiene un valor relativo en la tierra. Algunas cosas pueden tener un alto valor material y si una persona las pierde, se queda en la ruina económica... pero eso es todo. Puede intentar y volver a recuperar todo o al menos algo de lo perdido. Pero si pierde su alma, nada podrá salvarla del fuego eterno.

Una breve reflexión al concluir

Hermano, hermana: tú que has llegado a este punto de mi testimonio, ¿te has preguntado, cuánto tiempo hace que no has acudido a una buena y consciente confesión?

Si tuviese que llamarte en este momento el Señor, ¿Crees que te salvarías? ¿Te has dedicado concientemente a las cosas de Dios, o has sido un cómodo cristiano a medio tiempo, de asistencia dominical a la Santa Misa, más por costumbre o apariencia que por auténtico fervor? ¿Te has preguntado cuántas almas has ayudado a salvar? ¿Has cuidado siempre de recibir la Sagrada Eucaristía estando en gracia del Señor o eres de los que piensan que debe confesarse ante Dios únicamente y no ante un sacerdote?

Mientras lees estas líneas, habrá alguien que estará diciendo una oración por ti, para que en el momento de tu muerte –que llegará indefectiblemente- no estés privado de los auxilios de los Sacramentos; para que con tu partida haya fiesta en el Cielo y en la tierra. ¡Para que no sientas temor sino amor y gozo!

¡Abre las puertas de tu corazón a la Gracia y al perdón que todos necesitamos! ¡Pide la asistencia de la Virgen María para vivir desde hoy conforme a la Voluntad del Padre!

Te lo desea, en el Amor Misericordioso de Jesús,

Catalina

Misionera laica del Corazón Eucarístico de Jesús
18 de julio de 2003,

día de la Preciosísima Sangre de Jesús

Nota de los editores

El presente libro es propiedad privada, sin embargo, se permite su copia, siempre y cuando se respete el diseño, las tapas y se mantenga intacto el texto y el contenido del mismo.

Apostolado de la Nueva Evangelización (ANE)

(Julio de 2003)

www.a-n-e.net

www.jesucristovivo.org

ane@a-n-e.net

Calle 1-H No.104 esquina 20

Col. México Norte, C.P. 97128

Teléfonos: (52) (999) 944-05-40 Fax: (52) (999) 948-17-77

Mérida, Yucatán, México



La muerte no constituye la frustración de la vida. Es más bien el “nacimiento a la vida eterna”, pero el hombre se rebela, la desafía, en muchos casos la rechaza, mostrando una preparación insuficiente para afrontar un desenlace que orienta el destino de su alma, para vivir la eternidad junto a Dios, o para alejarse definitivamente de Él.

Esta perspectiva está inscrita en la existencia de todo hombre desde su concepción, sea creyente o no... Todos tendremos que enfrentarnos con la muerte y allí terminará de definirse nuestro destino.

A partir del relato de algunos acontecimientos vividos por la autora, este libro pretende transmitir una nueva óptica sobre ese “tránsito forzoso” para todo ser humano. Se trata de una verdadera ayuda, desde la Fe, para hallar en Dios la Paz que nos devuelva la esperanza.

Al final del camino, nuestra cercanía o alejamiento de Dios marcará el verdadero éxito o fracaso, definitivo y trascendental de nuestra vida,



*Apostolado de la Nueva Evangelización
México 2003*